

**Guillermo Vitelli.** *Las lógicas de la economía argentina. Inflación y crecimiento económico.* Buenos Aires, Pendergast Editores, 1990, 446 páginas.

Este trabajo de Guillermo Vitelli es una continuación lógica de su obra previa *Cuarenta años de inflación en la Argentina 1945-1985* por lo que es recomendable la lectura de ambas en forma secuencial, aunque es en *Las lógicas...* donde el autor se concentra de manera explícita en el estudio de la vinculación entre la inflación y el proceso de crecimiento, tal como lo apunta el propio subtítulo. El abordaje de esta relación causal convierte a la obra en una pieza de una "especie en extinción" dentro de la literatura especializada puesto que la gran mayoría de las investigaciones sobre el fenómeno inflacionario desde la década pasada tanto en nuestro país como en el exterior, se limita a vincularlo, casi exclusivamente, con los aspectos monetarios y fiscales del corto plazo.

El complejo debate en torno a las causas de la inflación, se libra en realidad en varios niveles:

- Causas que provocan la generación de dinero (déficit fiscal, nivel de actividad, política monetaria, otros)
- Papel del financiamiento del déficit fiscal en la determinación del nivel general de precios. ¿Sirve el financiamiento con bonos para reducir la inflación?
- Dinámica de los precios (mecanismos contractuales, inercia, marco institucional, etc.).
- Variables que determinan la formación de expectativas (evolución de las finanzas públicas, forma del financiamiento del déficit, variables no monetarias, otras).

Se puede decir que los monetaristas y los fiscalistas polemizan sobre la exogeneidad del dinero y no acerca de los mecanismos de determinación del nivel de precios ya que tanto unos como otros acuerdan que lo que provoca la inflación es, en última instancia, la descontrolada emisión monetaria. Daniel Heymann, reconocido estudioso de la temática inflacionaria, afirma al respecto en *Tres ensayos sobre estabilización y políticas de estabilización*: "Hay posiciones distintas según los autores en cuanto al supuesto carácter exógeno de la masa monetaria. Para algunos, las autoridades monetarias pueden regular el volumen de sus activos internos. Otros, por oposición indican que esa capacidad es reducida: aunque exista una estrecha relación entre dinero y precios, no es la política monetaria, sino la fiscal, la que determinaría la tasa de inflación. Estos autores señalan que el financiamiento del gobierno limita la autonomía de la política monetaria: el déficit del sector público puede cubrirse transitoriamente con colocación de deuda pero, si no se generan los fondos para servir esa deuda, a la postre deberá recurrirse a su monetización. Es decir, el déficit fiscal repercute sobre la masa monetaria, cuyo aumento determina el de los precios" (p.14).

Ante un escenario casi completamente hegemonizado por un debate de estas características, la perspectiva en la que se ubica Vitelli presenta diferencias importantes. Este, ubicado en un paradigma teórico diferente —ya que se sirve, principalmente, de una teoría de “pugna distributiva” y, en parte, de otra de tipo “estructuralista”—, intenta explicar el modo en que la inflación argentina fue funcional al proceso de acumulación de capital y cómo determinó algunas de sus características fundamentales. Centra el estudio en una perspectiva de largo plazo tomando distancia de las aproximaciones cortoplacistas implícitas, por ejemplo, en los debates entre fiscalistas y monetaristas.

También, en el trabajo citado arriba, Heymann nos ilustra acerca de estas otras teorías sobre el fenómeno inflacionario: “En los modelos de pugna distributiva, los precios se establecen como resultado de un conflicto social... En el análisis tradicional de equilibrio, los precios (y la distribución consiguiente) surgen de la operación de los mercados, en condiciones de competencia.

Según otras teorías, algunos precios básicos, como el salario, se determinan como resultado de la acción de grupos sociales. Los intentos de los diversos grupos por mejorar sus ingresos reales darían lugar a aumentos de costos y precios (ya que cada grupo sólo tiene influencia sobre su precio); en algunos períodos se adelantarían los salarios y en otros los precios de las diversas categorías de bienes, según el poder relativo de trabajadores o empresarios. (p. 17).

Al hacer referencia a los modelos de inflación estructural nos informa este ensayo que “... para algunos modelos la inflación puede interpretarse como un mecanismo que facilita el establecimiento de los precios relativos de equilibrio cuando varían las ofertas y demandas sectoriales. Si los precios nominales son inflexibles a la baja, es imposible alcanzar un equilibrio manteniendo fijo el nivel general de precios: no hay fuerzas que tiendan a eliminar el exceso de oferta de aquellos bienes cuyo precio relativo debería disminuir”. (pp. 20 y 21).

Ya en 1986, en *Cuarenta años...* Vitelli señalaba que “... existen dos planos de análisis en todo proceso inflacionario. Uno aparental, ligado a la forma como se presenta la variación de los precios, y otro no fenoménico, vinculado al modo de acumulación de la economía. El primero describe la modificación cuantitativa, monetaria de los precios. Es lo aparental. El segundo plano posible de análisis se separa de lo monetario, se aparta del velo que describe cuantitativamente el precio al que trafican en el mercado sus bienes y servicios los agentes económicos, y considera a los precios como la base, al menos principal, para concretar un ingreso” (Introducción). De allí que considere a los saltos inflacionarios del período 1950-1973 como el mecanismo más importante de redistribución de ingresos de los sectores asalariados hacia los capitalistas por su impacto en la caída del salario real y el aumento consiguiente de la tasa de ganancia. Esto explica el “crecimiento espasmódico” de la capacidad productiva que muestra la economía argentina, siendo los saltos en los niveles de inversión un producto de los cambios en los precios relativos y, a la vez, una resultante de los saltos inflacionarios. En palabras del autor: “Por la forma de la curva de inversión, la estampida de los precios tiene que ver con la profunda restricción de la economía interna expresada por la incapacidad de incrementar la acumulación de capital por mecanismos competitivos entre las firmas y secto-

res, y por la incapacidad de marginar la acción estatal en las mecánicas de impulso premeditado... Inmersa en una onda de precios, la aceleración que antecede a una congelación es un determinante, en alguna de sus partes y fundamentalmente en la última para el propio plan: ha construido una nueva constelación de precios —y por ende de ingresos— como forma de consolidar la movilización de recursos en un período de congelación total”.

Ahora bien, en su esfuerzo por vincular el proceso inflacionario con el de acumulación de capital, Vitelli se queda a mitad de camino, dado que sólo atiende la evolución de los precios relativos. Al hacerlo, presta atención solamente a la apropiación de ingreso que realizan los distintos sectores económicos a través de los mecanismos de mercado, dejando completamente de lado el proceso de producción y las condiciones en que éste se ha desenvuelto a lo largo de nuestra evolución histórica concreta. Un proceso de acumulación de capital no sólo hace referencia al modo en que los distintos sectores se apropian de una parte del valor generado socialmente sino que engloba, también, a las condiciones en que se ejecuta la producción y reproducción social de ese valor.

El autor diferencia dos períodos que se corresponden con la evolución del fenómeno inflacionario a nivel mundial: el primero, se extiende desde 1950 hasta 1973, y el segundo, partiendo de ese año, llega hasta nuestros días. El año 1974 constituye un claro corte en materia de inflación mundial puesto que las tasas pasan de uno a dos dígitos poniendo claramente de manifiesto que la economía perdía la estabilidad que la había caracterizado hasta ese entonces y comenzaría a experimentar una serie de profundas perturbaciones. Una clara evidencia la encontramos en la evolución de la tasa de interés internacional, que experimentó fuertes fluctuaciones hasta llegar a registrar niveles superiores a las variaciones del nivel general de precios como consecuencia de las necesidades de financiamiento del abultado déficit norteamericano. Otra muestra de los dislocamientos que se produjeron en el segundo período está representada por las grandes oscilaciones que muestran las paridades cambiarias entre las distintas monedas a raíz de la ruptura de la convertibilidad del dólar con el oro, decidida unilateralmente por los Estados Unidos hacia 1971, y el abandono del sistema de paridades cambiarias fijas. Son importantes también otras alteraciones que se operaron a nivel mundial, tales como el cambio en la mecánica de operación de los mercados de crédito, en el diferente accionar de las firmas industriales y de servicios, y en el ritmo y modo de difusión de los adelantos tecnológicos.

Un error importante en el que cae Vitelli es su abstracción de “lo interno”. Reduce su explicación de los cambios en la economía argentina a lo que ocurre en el contexto internacional. Más aún, a éstos los restringe a los acaecidos en los Estados Unidos, obviando los ocurridos en otros centros de poder mundial —CEE, Japón, URSS, por citar a los más relevantes—. Así, nuestra economía actuaría a modo de “espejo” reflejando las mutaciones operadas en la potencia hegemónica y, a lo sumo, distorsionándolos o sobredimensionándolos.

El autor hace un importante aporte teórico para la comprensión del funcionamiento de la economía argentina al introducir el concepto de “ondas de precios”: “En ese primer tramo, formado por los años que van desde la posguerra

hasta el inicio de la década de los setenta, puede detectarse una reiteración en los movimientos de los precios que estructura una secuencia conformada por ciclos que contienen, cada uno, una aceleración inflacionaria, un congelamiento profundo de la nueva constelación, la salida no explosiva del congelamiento y la ruptura total de la estabilidad (p. 15).

Estas "ondas de precios" explican las lógicas de los programas de ajuste o estabilización. De este modo "... entre 1950 y 1973 se han construido tres ondas ligadas a los programas que se explicitaron en febrero de 1952, diciembre de 1958 y marzo de 1967 y que van, una desde 1951 hasta 1955, otra desde 1958 hasta 1963, y la tercera desde 1967 hasta 1971 cubriendo, entre ellas, una franja extensa de las dos décadas que concluyen hacia inicios de los setenta" (p. 16).

La secuencia que caracteriza a las ondas de precios no es aleatoria; por el contrario, los movimientos de los cinco precios que interesan específicamente —los salarios, el tipo de cambio, las tarifas públicas, la tasa de interés y los precios que sintetizan los bienes salario: el compuesto de carne y trigo— tienen un comportamiento sistemático. La aceleración inicial permite conformar la estructura de precios relativos necesaria para generar una redistribución de ingresos de los sectores asalariados y de ingresos fijos hacia los capitalistas que se ocupará de perpetuar en el tiempo la congelación posterior. En esta aceleración inicial se verifica, en primer lugar, una fortísima devaluación y la baja en los salarios reales y, luego, el incremento de los precios agropecuarios, industriales y de las tarifas públicas, mayores que el del costo de vida. La descompresión no caótica del congelamiento se caracteriza por una recuperación del salario real y minidevaluaciones de la paridad del tipo de cambio a tasas menores que la del incremento salarial. Estos dos fenómenos empujan hacia arriba el nivel general de precios, pero en forma más atenuada que la suba experimentada por los salarios.

Más de un atento lector, al leer la secuencia que caracteriza a las ondas de precios, se preguntará qué es lo que la diferencia de las predicciones hechas en base a los modelos de devaluación del tipo *stop-go*. Y efectivamente, el proceso descrito más arriba de evolución de los precios relativos no se aparta en nada de lo que nos pueden decir los modelos *stop-go*. La originalidad de Vitelli indudablemente no se encuentra en este punto. Donde hay que buscar su aporte es en la vinculación de este proceso con la acumulación de capital y el largo plazo. Esta afirmación no implica desconocer las diferencias entre el planteamiento de Vitelli y el de *stop-go* que se desarrolla más adelante.

"La ausencia de los desajustes externos ha sido determinante para la continuidad y la repetición de la misma forma de acumulación —la vigente hasta 1973— porque el viejo modelo no sólo era compatible con la estabilidad externa sino que, más aún, dependía fuertemente de ella. Las alteraciones que se produjeron después, especialmente las provenientes de los mercados de bienes y monedas, afectaron el modo de crecimiento redistributivo y espasmódico" (p. 285).

Las ondas de precios posteriores a 1973 no tendrían las características enunciadas. Las diferencias más notables están dadas por: la menor duración

de los planes de ajuste, la precariedad del congelamiento de precios, la no existencia de recuperación del salario real luego de las desaceleraciones, el hecho de que las tasas nominales de interés no se limitaron a crecer con la segunda devaluación.

“Los planes de ajuste o los programas antiinflacionarios desde sus inicios hasta sus rupturas se ubican, uno, entre junio de 1973 y febrero de 1975; otro, que posee un tramo largo que engloba programas parciales y complementarios, corre desde abril de 1976 hasta febrero de 1981; un tercer programa se formuló entre marzo y junio de 1985, y concluyó alrededor de octubre de 1986, a pesar de contener luego de ese momento otras correcciones, no exitosas, a su marcha; y por último, un cuarto programa, también posible de identificar en tramos precisos del tiempo, se ubicó entre agosto de 1988 y febrero-abril de 1989” (pp. 312-313).

Es de destacar que, como consecuencia de las transferencias de ingresos acaecidas luego de 1973, se produjeron saltos en los niveles de inversión en sentido contrario a los registrados en el pasado —con la sola excepción del plan de estabilización y ajuste del año 1976 que generó un aumento de la inversión física de capital—: “... entre 1981 y 1989 la inversión decreció de manera profunda luego de cada plan de estabilidad. Esto señala que el año de 1982 es un corte con alto valor explicativo del cambio en la lógica del modelo de acumulación.” (p. 321).

El aporte de las “ondas de precios” constituye una excelente herramienta de análisis para entender ciertas características de los programas de ajuste aunque su poder explicativo es limitado para dar respuesta a los innumerables problemas planteados por la compleja historia económica de nuestro país. De allí que el título del libro, *Las lógicas de la economía argentina*, sea un tanto presuntuoso. Además, resulta una fuerte simplificación el concluir que todos los planes de estabilización hayan tenido similares efectos sobre la economía a partir de que las “ondas” tienen una misma estructura. El contexto en que se formula el Plan de estabilización de 1951 es marcadamente distinto al que rodea el lanzamiento del plan de 1958 y, a su vez, ambos son diferentes al de 1967 sólo por mencionar a los intentos estabilizadores anteriores a 1973. Contexto debe interpretarse como: maduración del complejo industrial, inserción internacional, marco regulatorio de la economía, grado de monopolización en los mercados, características del sector público, estado del mercado internacional de capitales, etc. Por ejemplo, no se puede pasar por alto el impacto que ha tenido sobre el sector industrial el marco regulatorio de la inversión extranjera en cada oportunidad al provocar disímiles respuestas del inversor del exterior. Los factores mencionados, y su evolución en el tiempo, establecen condiciones distintas a la movilización de recursos —producto de los picos inflacionarios y las congelaciones posteriores— con consecuencias, también distintas, sobre el aparato productivo.

Por lo expuesto hasta aquí aún persiste la incógnita alrededor del porqué las ondas de precios hasta 1973 dieron lugar a incrementos en el nivel de inversión, en tanto que las posteriores desalentaron dicho proceso. En este sentido, Vitelli hace mención de varios factores. Entre otros, el cambio de

objetivos en la política económica, particularmente luego de 1982. Los planes de ajuste parecen hacer más hincapié en el corto plazo y en la lucha contra la inflación dejando de lado la preocupación por el largo plazo y el crecimiento que ocupaba el centro de los programas de estabilización anteriores a 1973. También menciona la disminución de la capacidad del sector público para incrementar la inversión por el deterioro de los ingresos fiscales y la necesidad de destinar recursos a cubrir los servicios de la deuda.

Un tema relevante que aborda el trabajo es el referido al cuestionamiento explícito sobre la causa de la inflación que se desprende de un modelo muy difundido sobre el funcionamiento de la economía argentina. Nos estamos refiriendo a la que deviene de los llamados modelos de *stop and go* –pare y siga–, cuyo trabajo pionero es el muy conocido de Braun y Joy. De acuerdo con ellos, los ciclos de crecimiento del producto industrial, al generar una reducción en los saldos exportables –consecuencia del mayor consumo interno de bienes salario– e incrementar las necesidades de insumos y bienes de capital importados, provocan déficit en el saldo de la balanza comercial que concluye con una espectacular devaluación que reinicia el proceso inflacionario dando lugar a una fase de estancamiento. La inflación se visualiza como un producto de los estrangulamientos en el sector externo producidos por el proceso de inversión en la industria. Resulta evidente que la causalidad de estos modelos es claramente distinta a la propuesta por el texto que comentamos pues, según Vitelli, los procesos de inversión se habrían producido como consecuencia de los reajustes de precios relativos que sucedieron a las explosiones inflacionarias.

Sólo resta observar que el libro de Vitelli aun con las limitaciones señaladas merece participar en los debates sobre la economía argentina, las causas y remedios para la inflación y la búsqueda del camino del tan ansiado proceso de crecimiento.

Federico I. Poli

**Romain Gaignard.** *La Pampa Argentina. Ocupación-Poblamiento-Explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989, 512 páginas.

Llega en edición castellana y de la mano invisible del profesor Gregorio Weinberg –para la colección que él dirige– este trabajo, que viene a llenar un vacío largamente lamentado en la historiografía socioeconómica argentina. La inexistencia de un enfoque interdisciplinario y omnicomprensivo sobre el proceso de ocupación, reparto y puesta en valoración de la Pampa argentina se ve cubierto, en gran parte, con la publicación de la presente obra.

Con formación en la dualidad de la Historia y la Geografía, el autor comenzó sus investigaciones actuando como docente en la Universidad Nacional de Cuyo

entre 1960-61 y 1964-69, logrando allí abundante material, que elaboraría luego en la universidad francesa de Toulouse-Le Mirail en la década del 70. El trabajo resultante recibió en 1981 el premio José Luis Romero, concedido en México por un jurado latinoamericano.

Dos partes medulares no se incluyen en la publicación castellana. El período 1930-1975 queda fuera del texto, pues a juicio del autor "carece de interés", ya que "mucho y bien se ha trabajado" sobre esa etapa y sobre "los cambios espectaculares registrados en los últimos quince años", siendo este criterio sumamente discutible y de lamentar. También lo es aquel por el cual se obvió el "análisis de las potencialidades, riesgos y restricciones de los distintos complejos del medio natural pampeano, en relación con los modos y métodos de la producción agropecuaria", por no encuadrarse en el perfil editorial de la colección "Dimensión Argentina".

El texto nos marca un permanente hilo conductor: la reconstrucción del proceso de ocupación de un suelo que estaba virgen —descartando la nómada y dispersa presencia indígena—, y la captación del tipo de relaciones sociales que impusieron o establecieron los dueños de la tierra, estudiando previamente el modo en que accedieron o se apropiaron de ella, y, posteriormente, la vinculación entre esos dueños y quienes efectivamente la trabajaron.

Metodológicamente, el trabajo, más allá de las aclaraciones y puesta a punto iniciales, está dividido en dos partes, perfecta y temporalmente diferenciables: 1) el período 1550-1880, tomado como antecedente fundacional, y 2) el período 1880-1930, verdadero centro de este estudio.

La característica más apuntada en el período fundacional es la lentitud en la ocupación del suelo y su valorización. Se pasa revista a cada uno de los temas fundamentales en cuanto a la temática a desarrollar: el período del cuero, la apertura del puerto de Buenos Aires, 1810 y la reversión del circuito económico, la evolución del concepto de estancia desde su nacimiento hacia el fin de la vaquería, y la necesidad de ganados particulares, lo que producirá un lento pero inexorable cambio de atención hacia la apropiación y valorización de la tierra.

Pasando por el tema del saladero y la "fijación" de la mano de obra del gaucho a través del "conchabo", una de las partes medulares de este espacio cronológico está dada por el estudio de los criterios que tendieron a la afirmación de la gran propiedad en ese primer período "sagrado" de este proceso, como lo es el comprendido entre la enfiteusis rivadaviana y las ventas o donaciones de tierras del régimen rosista.

Demostrando que, más allá de aparentes grupos políticos, la tierra era una mercancía digna de ser apropiada, vendida a bajo costo para favorecer a cierta clientela político-social, adjudicada como premio por servicios militares, o rematada cada vez que había urgencias fiscales, se analiza impecablemente el período 1857-1867. Este análisis no cae en lo trillado de ciertos historiadores que no van más allá del nombramiento o cita de las leyes de venta de tierras públicas, sino que opone permanentemente la ley a la práctica, haciendo un relevamiento de los beneficiarios de las medidas y determinando si se trata de terratenientes nuevos o tradicionales.

El capítulo sobre las colonias agrícolas de Santa Fe es una interesan-

te puesta a punto de una temática que ha constituido una de las posiciones "folklóricas" de la historia económica argentina, superando ampliamente el "esquema rosa" y nada explicativo de la historiografía tradicional. Aparte de señalar la inmigración por colonia y el acceso a la tierra de colonos suizos o italianos, pone en evidencia los balbuceantes comienzos urquicistas de la colonización estatal, para derivar en un sistema que se nos muestra más como colonización mixta que como privada. Esto se fundamenta en la conjunción del estado benefactor de tierras con el empresario que ve el negocio y arriesga el capital inicial para atraer y dotar de los primeros elementos a los colonos, y se circunscribe a un ámbito espacial determinado, de tierras no repartidas ni ocupadas, casi no aptas para la ganadería—Norte y Centro de Santa Fe—y eminentemente de frontera, que el colono ocupará, pondrá en producción y valorizará.

Estas mismas tierras son las que—en general—perderá ante la crisis del '90, viéndose muy bien cómo retrocede un proceso de propiedad, pasándose a un sistema que va del colono al arrendatario (como se aprecia en 1912 con el Grito de Alcorta), o sea a la "pampeanización" del modelo santafesino, que ya para 1890 deja de ser un proyecto alternativo.

La segunda parte del trabajo—que requiere de la lectura de la anterior para una acabada comprensión del proceso—parte de la Conquista del Desierto en 1879 y de los criterios y modos de reparto de las 15.000 leguas que se incorporan. El empréstito interno de 1878, que permite financiar la campaña y es abonado en tierras, produce uno de los hitos esenciales en la consolidación del latifundio pampeano; es analizado junto con la Ley de Premios Militares de la década del '80 por la que se retribuye con tierras a los militares participantes en la campaña. Nuevamente, legislación y práctica son confrontadas y propietarios "tradicionales" y "nuevos" se alternan en mapas topográficos, cuadros, gráficos y esquemas, con los que el autor brinda una auténtica cantera de datos, informaciones y conclusiones.

Otro tema presente, analizado más allá de la acaparación y puesta en producción del espacio económico pampeano, es cómo la pampa se convierte en una base de aprovisionamiento de carnes y granos a bajo precio para las nuevas concentraciones urbanas de Europa Occidental, en salida para los excedentes migratorios creados por la segunda Revolución Industrial, en mercado para los proveedores de bienes de equipamiento y de consumo y en un fructífero dominio de intervención para el capital financiero.

Dentro de este período, denominado "la edad de oro de la valorización de la pampa", desfilan cerrados análisis sobre subtemas esenciales al espacio temporal estudiado, como la instalación de los ferrocarriles, la fuerza de trabajo y las condiciones de su desarrollo, la revolución técnica del frío, la agricultura al servicio de la ganadería, y, dentro del tema de la exportación, los instrumentos políticos, financieros, comerciales y técnicos de su valorización.

Un aporte original del autor es el estudio de casos—raros y puntuales—de colonización en la pampa. Así, se rastrean en la historia los aveyroneses de Pigué, los alemanes del Volga, la Asociación Judía del barón Hirsch y las empresas de colonización de Capdeville y Devoto, como también otros en el actual territorio de La Pampa.

En los dos capítulos finales, el autor historia la rebelión agraria por el cobro de la renta y el alto costo de los canales de comercialización en Santa Fe y Córdoba, en 1912, efectuando una puesta a punto de dicha problemática y, finalmente, la etapa 1922-1930, la cual —tras la crisis ganadera de 1922— es considerada por Gaignard como “el apogeo del período de la edad de oro”. La consideración de la quiebra del modelo, hacia 1930 —aunque ya por 1913 marcaba índices de agotamiento posiblemente revertidos por los efectos de la guerra—, es el criterio lamentable para interrumpir en ese punto la publicación castellana del estudio.

La abundante, acotada y crítica bibliografía expuesta, a partir de una muy útil clasificación, es otro de los generosos aportes del trabajo, pues no sólo brinda la consabida lista de publicaciones, sino que también nos reseña qué aporta cada una de ellas y qué opinión merece al autor. Es de lamentar, sin embargo, que, siendo la edición francesa de 1980 y al “no haberse tocado el manuscrito”, se haga sentir la aparente ignorancia o silencio de los últimos diez años de aportes —algunos de ellos esenciales— sobre temas pampeanos, crítica válida tanto para el autor como para los editores, ya que se debió salvar el problema con un oportuno apéndice o puesta a punto.

En suma, se trata de un trabajo medular, de referencia insoslayable, que tiene la extraña cualidad de ser tanto un tratado erudito como un manual. En el primer caso, porque estudia, analiza y desentraña las características de la ocupación del espacio pampeano y sus temas conexos, y en el segundo, porque puede ser considerado como un enfoque integral para el estudio de la ocupación del espacio y de las relaciones sociales que en él se establecen, en la zona geográficamente crucial para la historia económica argentina, pero sin los defectos, generalizaciones y vacíos que toda especialidad le adjudica a un manual. En resumen, un texto serio, enjundioso, impecable metodológicamente hablando, y de lectura grata y amena, no exenta de erudición.

Carlos Bulcourf

**Juan Carlos Torre.** *La vieja guardia sindical y Perón. Los orígenes del peronismo.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana - Instituto T. Di Tella, 1990, 269 páginas.

En este libro, continuando sus investigaciones sobre el sindicalismo argentino y las relaciones entre éste y el peronismo, J. C. Torre —sociólogo e investigador del Instituto Di Tella— reactualiza sus tesis sobre la problemática mencionada, estudiando el rol central de la vieja guardia sindical y sus intentos —coronados con un fracaso— de convertirse en una fuerza autónoma, cuya manifestación más cabal fue el Partido Laborista fundado en 1945. Si bien gran parte de estos aspectos habían sido ya expuestos por el autor en escritos

anteriores, en este libro se propone efectuar un análisis mucho más amplio y una síntesis más abarcativa de esos temas.

Al inicio del texto, el autor aclara que dejará de lado el análisis sociológico del período dedicándose específicamente a una narración histórica; sin embargo, el enfoque sociológico aflora sutilmente desde la misma introducción deslizándose a lo largo de toda la obra. Desde una matriz de clara impronta weberiana, Torre plantea que “en la naturaleza misma del objeto bajo estudio hay algo que moviliza los sentimientos y los valores de quienes se aproximan a él, actualizando ese elemento subjetivo que es parte inseparable del análisis social” (p. 15). Para encontrar la similitud de este enfoque con los del autor alemán, basta recordar algunas hipótesis de este último para llegar al conocimiento del objeto en ciencias sociales:

- ningún análisis científico objetivo de los fenómenos sociales es independiente de puntos de vista especiales o unilaterales,
- el conocimiento de la cultura está condicionado por ideas de valor,
- todo conocimiento de la realidad cultural es siempre un conocimiento que parte desde puntos de vista específicamente particulares.

Como podemos ver, Torre —siguiendo a Weber— reactualiza la aún irresuelta problemática del conocimiento en las ciencias sociales, enfatizando el elemento subjetivo y los valores. Con esta perspectiva aborda su objeto de estudio, desde el presente hacia el pasado, y se plantea preguntas y problemas que tienen una vinculación concreta con el momento en el que escribe el texto. Así, se interroga sobre la posibilidad de mantener la autonomía política obrera en un proceso de cambio lanzado desde el estado y con fuerte liderazgo plebiscitario, a la luz de la experiencia del período 1943-1946/7 u otras de índole transformadora o revolucionaria, tema que por su complejidad no queda respondido. A este interrogante le agrega otro mucho más amplio que el anterior —al que contiene—, relacionado concretamente con los procesos sociales y políticos contemporáneos a los que el autor desea comprender y proveerles solución: se cuestiona así la posibilidad o no de combinar un movimiento de reformas políticas y sociales preservando un espacio pluralista y democrático.

Para Torre, como puede apreciarse, hay una continua construcción del objeto desde cada presente; el conocimiento es un acto de construcción sobre una masa de datos infinita y, quizás, informe, que el investigador procede a recortar. Este proceso cognoscitivo depende no sólo de la materia disponible sino, también y en forma determinante, de las categorías que el investigador aplique a su objeto y de los valores previos que hayan guiado el recorte. Las influencias de Kant y Weber aparecen claramente en estos puntos.

Luego de planteados los elementos metodológicos que guían la investigación, debemos señalar que la obra está dividida en una introducción, siete capítulos y epílogo. A lo largo del trabajo, el autor reconstruye la acción del sindicalismo entre 1930 y 1947 en referencia al estado, partidos y coyunturas políticas, sus distintas corrientes, etc. El proceso de transformaciones políticas y sociales abiertas por el golpe de junio de 1943 adquiere especial dimensión en este análisis.

En todo este período el autor no utiliza la categoría “movimiento obrero”, que

reserva para la etapa que se inicia en 1955. Según Torre, para la existencia de "movimiento obrero", sería necesaria la aparición de una fuerza organizada a nivel nacional, elemento que no encuentra en 1943 a pesar de la existencia de la CGT que, en ese momento, no era la entidad unitaria y representativa que sería años más tarde. Hasta 1945 no habría una unificación nacional de los distintos sectores sindicales, actuando cada uno de ellos en forma autónoma y, muchas veces, no coordinada. Entre 1945 y 1955 se gestaría su unidad, representativa de todos los sectores del sindicalismo, pero, aunque el autor no lo dice expresamente, la no existencia estricta de "movimiento obrero" se basaría en el "parentesco" entre estado y sindicatos que inhibe su accionar independiente.

Aplica la noción de "fascismo social" al Perón de los inicios, que surge del golpe de 1943, lo que, en realidad, es difícil de comprobar, puesto que depende de la perspectiva desde la cual el autor analiza y construye su objeto. El utilizar estas categorías fuera del contexto y oportunidad en las que han surgido tiene más que ver con un planteo ideológico que científico (al respecto, nos parece más apropiada la tipología del fascismo propuesta por C. Buchrucker en su *Nacionalismo y peronismo*). Sin perjuicio de la afirmación que realiza, Torre se apresura a afirmar que Perón no militó en los sectores filo-fascistas del ejército durante el anterior golpe de 1930. Esto nos marca una distancia entre ideología, entendida como una visión globalizadora o parcial del mundo, sin entrar a juzgar su valor cognoscitivo, y la acción concreta, no impregnándose aquélla, por ende, de materialidad alguna.

Para el autor, el golpe del '43 marca, en su desarrollo posterior, la ruptura de la asociación entre valores democráticos y defensa de los intereses de los trabajadores, al ser un poder autoritario el que responde a sus largamente postergadas demandas. Pero esto no modifica la idea de autonomía política del sindicalismo, que se materializa concretamente con la aparición, en noviembre de 1945, del Partido Laborista. La pregunta que ronda este tema es si la modificación de actitudes procede del movimiento sindical o del estado. Siguiendo a J. Horowitz, el autor se inclina por la segunda respuesta, interpretando como "oportunistas" a la acción de la vieja guardia sindical, que combinó su colaboración (en función de los beneficios sociales obtenidos) con su independencia (del proyecto político de Perón).

El 17 de octubre de 1945 adquiere relevancia central en el análisis de Torre, quien retoma aquí sus antiguas explicaciones en torno al hecho. Una de ellas, el aporte más importante a mi juicio, es la caracterización de los sucesos como no espontáneos, como producto de una previa preparación llevada a cabo por militantes y dirigentes de federaciones y sindicatos de nivel local. Señala la trascendencia de los días previos al 17, particularmente el 15 y el 16 de octubre, y el lanzamiento de la huelga general por la central obrera para el 18. La medida termina adelantándose un día, poniendo de manifiesto que la cúpula sindical no estuvo al frente de estos episodios, aunque sí gestó el marco necesario para que las federaciones y los sindicatos locales actuasen en forma coordinada.

La segunda línea de interpretación se refiere a las razones del triunfo de Perón y la vieja guardia sindical en el conflicto de octubre. La consistencia de

su explicación es discutible, puesto que trabaja casi exclusivamente sobre elementos valorativos de difícil mensura. En su hipótesis, el triunfo habría sido producto de errores innecesarios de las clases patronales y de los partidos políticos al poner sitio al gobierno militar una vez caído Perón. De esta forma se habría precipitado un desenlace en su contra cuando las condiciones eran inmejorables para obtener un triunfo. Aparece aquí, a mi juicio, una carga excesiva sobre uno de los protagonistas, subalternizando excesivamente a otros, y derivando de sus acciones, en gran medida, los resultados finales del proceso. A esta altura, sería útil plantearse, sin caer en mecanicismos, si dada una determinada situación objetiva, los actores sociales podrían haberse desempeñado de manera muy distinta.

En la creencia de ser los gestores del 17 de Octubre, los sindicatos buscaron plasmar su independencia y autonomía en el plano político con la creación del Partido Laborista. Perón, por su parte, procuró poner coto a estos intentos. Se gestó un conflicto larvado que no tendría solución hasta 1946. El triunfo del peronismo en las elecciones de febrero marcó el inicio del fin de este proyecto de autonomía que se plasmó en mayo de 1946 con la disolución del Partido Laborista y, en enero del año siguiente, con la caída de Gay de la conducción de la CGT. Sin desarrollarla, Torre da una pista con respecto al primer interrogante que se había planteado: afirma que, de continuar los conflictos internos dentro de la coalición ganadora, la gestión del gobierno hubiese estado seriamente comprometida. Factores externos, por ejemplo la actitud de la oposición política luego de su derrota, exigirán la unidad.

Al momento de sacar conclusiones, el autor señala:

a) la imposibilidad de mantener la independencia sindical bajo el nuevo régimen, dado que éste tiene la característica de extraer el poder efectivo de las organizaciones políticas participantes para concentrarlo en el estado —sector donde estaría localizado el cambio—; y b) a su vez, el sindicalismo —en un movimiento dialéctico— encuentra en el estado, al cual está subordinado, su participación política y social, poniendo, de esta forma, límites concretos a las políticas económicas y sociales del régimen, y obligando a Perón a renegociar constantemente su autoridad ante las masas obreras. De este modo se reactualizan los conflictos sociales y se limita la legitimidad del estado hacia otros sectores.

En última instancia la idea que impulsó la formación del laborismo —aun disuelto como partido— no desaparece y permanece como foco de tensión irreductible dentro del peronismo.

Ambas conclusiones son contradictorias entre sí, puesto que los grados de libertad de apropiación de poder sobre las organizaciones sociales —primera conclusión— aparecen severamente reducidos por las presiones internas dentro de la coalición —segunda conclusión—. Frente a visiones que privilegian la idea de unidad monolítica, el enfoque del autor rescata, aunque sin desarrollarlo lo suficiente, la importancia de los conflictos internos del propio régimen, aportando un instrumento de indudable utilidad para el análisis histórico. Probablemente, por sus características, el período 1946/1955 sea un terreno fértil para contrastar las hipótesis del autor.

El texto abunda en material documental de suma utilidad, en especial, los

debates dentro del sindicalismo —utilizado ya en trabajos anteriores del mismo autor— y una pormenorizada revisión de la bibliografía del período. Son innegables los aportes de Torre a la materia. Añade una serie de interrogantes nuevos en tanto otros permanecen aún abiertos.

Norberto Aguirre

**Daniel James.** *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, 359 páginas.

La historia del movimiento obrero argentino, en particular la experiencia peronista, ha suscitado en los últimos años el interés de un creciente número de investigadores extranjeros. A ellos se incorpora con este libro el historiador británico y profesor en la Universidad de Yale, Daniel James, quien anota entre sus trabajos anteriores uno más específico sobre los trabajadores de la industria automotriz argentina.

El período 1946-1976 elegido por el autor nos pone frente a las diferentes situaciones coyunturales que tuvo que vivir el movimiento peronista, incluidos —y de manera especial— sus cuadros y militantes sindicales. Sin embargo, el grueso de la investigación está centrado en la etapa 1955-1966, años en los cuales James analiza y desentraña las entrecruzadas veredas de la vida política y la acción sindical, la postura de los dirigentes y los dirigidos, y, como telón de fondo, una lucha a veces silenciosa y otras veces explícita: aquella que se produce entre un proyecto alternativo a Perón desde el seno de algunos sectores de la dirigencia sindical, y el del conjunto del peronismo, donde el movimiento obrero era una de las vertientes principales.

La estructura de la obra está dividida en cinco grandes bloques, a partir de los cuales James intenta reconstruir dos líneas de comportamiento del sindicalismo peronista: la de “integración” y la de “resistencia”. En la primera parte, “Los antecedentes”, sin entrar en demasiados detalles fácticos, caracteriza la época y la realidad social y desenreda la relación Perón-sindicatos-movimiento obrero; se centra, sobre todo, en la impronta cultural —y su significado político e ideológico— que Perón y el peronismo dejarán como una huella hasta hoy vigente en el movimiento obrero argentino.

Si bien menciona las interpretaciones clásicas que existen sobre el tema, no polemiza con ellas. Más bien plantea una nueva alternativa de comprensión del hecho a partir de otros ejes, buscando una explicación a la identificación vertiginosa y duradera de los obreros con la figura ascendente del joven coronel, no meramente por los beneficios materiales que auguraba la nueva administración, sino por otras vías de adhesión, más ligadas a una re-categorización de los valores ético-morales de la sociedad. James define este proceso como una

reelaboración del concepto de ciudadano, que amplía la política iniciada en ese sentido por Hipólito Yrigoyen. Esta línea de argumentación contrasta con el clásico concepto de instrumentalización del movimiento obrero.

Sin embargo, le cuesta a James escapar de una versión simplificada de la relación de subordinación del movimiento obrero al estado, haciendo abstracción del liderazgo de Perón en su doble condición de jefe del estado y conductor del movimiento peronista, cuya "columna vertebral" era el movimiento obrero.

Si bien la primera parte no constituye el núcleo del libro, es una de las más ricas en conceptualizaciones sobre temas bastante recorridos por otros historiadores. Su originalidad reside en demostrar cómo Perón retoma expresiones anteriores imponiéndoles una carga diferente dentro de un discurso moderno. Un claro ejemplo de esto fue la transformación operada en la recordación del 1º de Mayo: de jornada de protesta a día de fiesta popular. James destaca el valor herético del discurso del coronel Perón ante los cánones políticos ortodoxos del momento, lo que se reafirmaría luego desde el gobierno. Este discurso se caracteriza por ser concreto y de comprobación inmediata, lo que le da un alto grado de credibilidad; articula la experiencia vivida con la perspectiva ofrecida: una vez comprobada la verdad concreta también se aceptará el futuro propuesto. Es así como la doctrina peronista logrará plantear una fuerte identificación entre los intereses de la nación y su desarrollo económico, y el de los trabajadores y sus sindicatos. La visión que aporta James es valiosa para el entendimiento de la relación discurso-hecho: permite comprender la integración del movimiento obrero al peronismo por fuera de la relación costo-beneficio entre las partes, abriendo una nueva perspectiva de análisis a partir del fenómeno cultural que expresó esa integración.

El resto de la obra entra de lleno en el período conocido como la "Resistencia peronista". En estas cuatro partes el historiador británico alterna un exhaustivo y necesario relato de lo sucedido en esos años, y el análisis económico, político e ideológico de sectores, situaciones y personajes, lo que transforma a la obra en pionera, dado el vacío bibliográfico existente sobre el tema y el período. En cuanto al análisis económico-social, pone en jaque el mito distribucionista del primer peronismo a partir del Congreso de la Productividad y la necesidad de reacomodamiento de las fuerzas sociales luego de la etapa inicial del gobierno de Perón. Sin embargo, con objetividad, James contrasta el *modus operandi* y la consiguiente reacción obrera en la etapa final del gobierno peronista, con los posteriores intentos de reordenar el sistema productivo según las nuevas coyunturas, verificando así el punto de vista explicitado en la primera parte: la movilización obrera en favor del peronismo no se limitaba a un problema material; se situaba fundamentalmente en el terreno político.

Los principales temas políticos que analiza se ubican, sobre todo, en los conflictos internos del peronismo y del movimiento obrero. La contradicción dirigencia-bases será utilizada por el autor como elemento dinámico del desarrollo de la historia del movimiento obrero a partir de 1955. Esta contradicción irá haciendo emerger a una nueva dirigencia, al calor de una resistencia que por momentos alcanzó altos niveles de violencia y también de desorganización. A lo largo de estos cuatro bloques, James explora las contradicciones entre

“integristas” y “puros” o “combativos”, contradicciones que se profundizan y hacen eclosión en la década de los ‘70. Analiza detenidamente—dedicándole un capítulo—el fenómeno del “vandomismo”, categorizándolo como un fenómeno de integración del sindicalismo al sistema político e institucional después de 1955. Desolla el mito del vandomismo como sinónimo de negociación, pragmatismo y acomodamiento dentro del sistema, otorgándole una gran capacidad para articular consenso: como ejemplo, nos cita el documento de las “62 Organizaciones” de agosto de 1963, en el cual se intenta ampliar el marco reivindicativo a efectos de contener a todos los sectores del movimiento.

El otro camino que transita James es el análisis de las categorías utilizadas por los distintos grupos en diferentes momentos del período. Retoma así el nivel del análisis del discurso, con un alto grado de complejidad. El lenguaje utilizado, por momentos hermético, resta claridad al intento de racionalizar la relación discurso-contradiscuro en la “Resistencia peronista” entre sectores que convivían bajo el mismo techo, pero que fueron albergando signos divergentes. Es la etapa en la que diversos sectores o grupos comienzan a tomar de la “doctrina peronista” el sayal que mejor les calza, para desde allí elaborar concepciones propias sobre la realidad toda.

Al analizar el fenómeno del vandomismo, comienza poniendo de manifiesto su aparente falta de ideología, citando como fuentes los testimonios de colaboradores del dirigente sindical. Sin embargo, caracteriza luego al vandomismo como un proyecto subyacente que tendría como objetivo la creación de un movimiento político con base obrera, reflexionando sobre su posible carácter “laborista”.

En el terreno metodológico, Daniel James incorpora en su trabajo un aparato documental importante, tanto por el relevamiento de material periodístico militante, como por las entrevistas realizadas a dirigentes y militantes de base, aunque estas últimas revelan un alto grado de parcialidad y carecen de un análisis crítico profundo que las contraste con otras fuentes. Esto no impide valorar los aportes que el autor ha realizado; simplemente, se podría haber explotado más el jugoso material empleado.

Para finalizar, cabe observar la inevitabilidad de explicar la historia argentina del período desde una perspectiva global, debido a lo “totalizante” que fue la “Resistencia peronista”; ésta no constituyó una mera etapa de la evolución del movimiento obrero, sino que involucró de una manera u otra a la sociedad argentina toda.

Tomás Ibarra

**Julio César Neffa.** *El Proceso de trabajo y la economía de tiempo. Contribución al análisis crítico de K. Marx, F. W. Taylor y H. Ford.* Buenos Aires, Editorial Humanitas, 1990, 350 páginas.

El libro del J. C. Neffa es un valioso aporte, desde la perspectiva de un investigador argentino, en un tema de profunda actualidad: los objetivos, las modalidades y las formas de racionalización del proceso de trabajo en una sociedad industrial.

Aunque constituye una aproximación teórica, analítica e histórica de tres autores y/o innovadores (Marx, Taylor y Ford) que con sus concepciones revolucionaron el conocimiento y la práctica del trabajo productivo, los caminos que nos señala no sólo muestran el pasado sino que nos colocan en el centro de una encrucijada actual.

Como bien dice en el prólogo del libro Benjamín Coriat, las enseñanzas que surgen de éste no son sólo pertinentes para las economías avanzadas de nuestro tiempo sino también para la de países como la Argentina, que hoy debate los mismos problemas en un mundo tecnológicamente mucho más complejo, competitivo y desigual.

Si la Argentina y otros países de América Latina no pasaron, o pasaron en forma incompleta o insatisfactoria por las etapas del proceso de trabajo descrito por Neffa, vale mucho conocer a fondo los problemas y comprender las experiencias del mundo industrializado para encontrar nuevas formas de trabajo y producción en una sociedad distinta, donde factores que antes no existían, como la informatización, la robótica y otras tecnologías de punta están cambiando las reglas de juego y pueden permitir quizás saltar etapas o evitar procesos dolorosos y aprovechar al máximo las posibilidades naturales y humanas disponibles.

Neffa se aproxima al objeto de estudio con un doble propósito: examinar la lógica interna del proceso de trabajo y de las formas salariales en el capitalismo, lo que implica un análisis microeconómico, y estudiar las repercusiones que el contenido y la organización del trabajo tienen sobre la acumulación del capital, lo que nos lleva también a un enfoque macroeconómico.

Para ello emprende un camino riesgoso por la índole misma, contradictoria, de los autores y/o innovadores analizados.

En la primera parte se dedica a presentar las nociones teóricas fundamentales de la problemática partiendo de la teoría del valor trabajo y, en especial, de los aportes de Karl Marx y de algunos de sus continuadores, así como a realizar una descripción de las etapas históricas del proceso de desarrollo del capitalismo moderno desde sus mismos inicios en la sociedad preindustrial.

Los méritos y las falencias de la teoría del valor trabajo son así, sobre todo en la versión de Marx, expuestos paso a paso, con minucia, desentrañando la idea central de que la acción del hombre para transformar la naturaleza constituye el núcleo de la noción "proceso de trabajo".

Pero ésta se halla condicionada históricamente, y en el capitalismo sólo tiene sentido en función de la producción de bienes para el mercado y de la reproducción ampliada del capital.

Para Marx, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo es lo que permite explicar la creación de un plusvalor que hace posible la acumulación capitalista. Pero es el concepto de trabajo socialmente necesario el que aclara la diferencia entre el valor de los bienes que produce el trabajador —y que constituye, a través de un complicado proceso, la base del precio de esos bienes— y el valor de lo que percibe ese mismo trabajador para su subsistencia, o sea su salario.

Esta noción es clave para la comprensión de las iniciativas tayloristas y fordistas, que actúan sobre el proceso de trabajo en dos direcciones: tanto para reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario como para incrementar la intensidad y la productividad del capital en las empresas y en el conjunto de la economía. Neffa incorpora al análisis marxista un concepto que enriquece la comprensión del proceso de valoración y ayuda a entender en parte las innovaciones de Taylor y Ford: el de tiempo muerto incluido en la jornada laboral.

Por otra parte, señala también los aportes críticos de Joan Robinson que demuestran el rol ambivalente del progreso técnico, que juega a veces en un sentido diferente al asignado por Marx, así como la importancia de la demanda efectiva como elemento explicativo de los problemas de acumulación de capital.

A continuación el autor efectúa un análisis de las etapas concretas que marcaron el surgimiento y desarrollo de la sociedad capitalista; desde los procesos de trabajo pre-capitalistas (economía de subsistencia, talleres artesanales, corporaciones de oficio) pasando por el *Putting Out System*, o sea la producción manufacturera basada en el trabajo a domicilio, y la manufactura y otras formas de cooperación; hasta llegar a la fábrica moderna, o el “maquinismo”, que supone ya la generalización del uso de máquinas herramientas en la producción y una relación diferente del hombre con sus medios de trabajo.

El tema central de este desarrollo histórico es el de la evolución y transformación de la división social del trabajo, marcada por el paso de una economía basada en la unicidad del trabajo humano y en el predominio del trabajador sobre sus herramientas hacia aquélla, característica del capitalismo industrial, que supone la división acentuada de funciones y la especialización, la diferenciación del proceso de trabajo del de dirección y la supremacía de la máquina sobre el individuo.

La segunda parte del libro constituye una puesta a punto del taylorismo, la llamada “Organización científica del trabajo” propuesta por Frederick Winslow Taylor, con mucho detalle. Neffa describe los orígenes y contenidos del taylorismo, su contribución al proceso de acumulación y la difusión y generalización de sus principios en el capitalismo moderno. Además de una excelente descripción de las características del taylorismo poco conocidas en el país, lo interesante del aporte de Neffa es su insistencia en la dimensión macroeconómica del mismo, algo no totalmente claro para algunos autores o empresarios que habían percibido la “Organización científica del trabajo” sólo como la racionalización del mismo dentro de la empresa, sin medir sus consecuencias para el conjunto de la economía.

La esencia del proceso de trabajo taylorista es la eliminación de la tendencia

al ocio y la vagancia de los trabajadores eliminando el tiempo muerto a través del *one best way* (el tiempo más corto para realizar cada tarea de manera calculada), desvalorizando la fuerza de trabajo y abaratando su costo de reproducción. Para ello era necesario reducir la importancia del *savoir faire* del obrero, o sea, su monopolio del conocimiento técnico que venía de la época del trabajo artesanal, del cuál debía apropiarse el empresario capitalista sistematizando y racionalizando la producción en función de los objetivos de la empresa.

La manera de hacerlo era estudiando, como hicieran Taylor y sus seguidores, el conjunto del proceso de producción, normalizando los objetos de trabajo, eligiendo adecuadamente las máquinas y herramientas a utilizar, aprovechando al máximo la división social y técnica del trabajo a través del estudio de tiempos y movimientos, fijando el ritmo de producción, seleccionando adecuadamente la fuerza de trabajo (mediante la búsqueda de trabajadores promedio) y revalorizando la dirección del trabajo por parte de ingenieros y técnicos especializados y el principio de autoridad.

Para Taylor, sin embargo, esto no suponía necesariamente un atentado a los derechos de los trabajadores y una disminución de su nivel de vida: por el contrario, según él, el incremento de la productividad que su sistema necesariamente traería debía ser recompensado con un incremento en las remuneraciones. Por supuesto, en la medida en que los cambios en los procesos de trabajo se realizaban a nivel de las empresas, y en función del rendimiento, la fijación de las remuneraciones poco tenía que ver con las organizaciones sindicales y con el nivel general de los salarios.

La normalización y racionalización del trabajo tendía, según Taylor, a eliminar la posibilidad de conflictos laborales, pues las mejoras de los ingresos del trabajador y el incremento de la productividad implicaban la coincidencia de intereses empresarios y laborales, su integración y cooperación. En este sentido su solución al problema de revalorización del capital, que podía partir de iguales percepciones que las de Marx, aunque no de los mismos presupuestos teóricos llegaba a conclusiones ideológicamente diferentes; mientras el modelo marxista supone la creciente agudización de los conflictos de clase, como consecuencia de la explotación de los obreros, el taylorismo ve en la intensificación y racionalización del trabajo un instrumento para la conciliación de intereses entre trabajadores y capitalistas.

En la tercera parte de su libro, Neffa efectúa un análisis del último de los grandes procesos de racionalización del trabajo y de la producción de la era pre-informática, el del llamado fordismo, en memoria de su generador: Henry J. Ford. En realidad, para entender el fordismo es necesario remontarse a las innovaciones provenientes del *American System of Manufactures* (ASM) que ya estaba transformando el sistema de producción capitalista antes de Ford.

Mientras Taylor insistía en la "economía del tiempo de trabajo" otras necesidades acuciantes se le presentaban al empresario capitalista. Estas aparecen sobre todo en el sector militar donde las urgencias de la guerra llevaban a la sistematización de la producción a través del principio de uniformidad e intercambiabilidad de las piezas, es decir de las partes de armamentos, normatizando el número de operaciones de trabajo y especializando las maquinarias. Este

principio se propagó luego a la fabricación de máquinas de coser, maquinarias agrícolas, bicicletas, etc.

Cuando H. Ford popularizó la llamada "producción en masa" las bases de la misma estaban ya establecidas. Aun la principal innovación tecnológica realizada por Ford, la cinta transportadora, había sido ya experimentada. No obstante, Ford revolucionó el proceso de producción porque aplica estos principios en gran escala y les agrega otros que marcan profundamente el sistema productivo existente e incluso el modo de vida de los trabajadores.

Las innovaciones de Ford se produjeron sobre todo en la producción: la introducción de la cadena de montaje, que ponía a disposición de los trabajadores en forma continua el material de trabajo; la utilización de máquinas de propósito único; el perfeccionamiento de los moldes y las matrices de producción para tener piezas idénticas y una mayor precisión y control de calidad. La puesta en marcha de estas iniciativas dieron como resultado la fabricación del famoso Ford T que permitió la difusión masiva del automóvil como vehículo de transporte. Pero Ford no sólo pensó en términos de producción sino también en los de demanda: según él sus trabajadores debían ser clientes naturales de sus propios productos, para lo cual había que practicar una política de remuneraciones y comercialización que permitiera un acceso popular al automóvil. Se hacía necesario entonces un incremento sustancial en los salarios pero en el marco de una política de racionalización y disciplinamiento estricto que premiaba a los mejores trabajadores (y castigaba o expulsaba a los peores) a través de la implantación de modelos de comportamiento tanto en el trabajo como en la vida cotidiana fuera de la empresa.

Ford no sólo producía autos sino, como él decía, generaba "el producto humano que tenía en mente", o sea, su propio trabajador. El sindicalismo tardó mucho en entrar en las fábricas de Ford como consecuencia de una estricta organización del premio y castigos, contenedora con sus mismas normas del universo obrero. El fordismo acentuó así la división entre los trabajadores y la división social del trabajo; estratificó en forma piramidal las jerarquías obreras e incrementó notablemente la cantidad de trabajadores poco calificados. Pero el éxito de Ford generó también sus propios límites: el desarrollo de la "producción en masa" y las mejores condiciones de vida después de la Primera Guerra Mundial crearon segmentos diferenciados de demanda que pronto otras empresas, como la General Motors, empezaron a aprovechar. El modelo único, Ford T, se convirtió en un anacronismo y las nuevas necesidades originaron nuevas formas de producción. El fordismo fue también, en consecuencia, una etapa histórica dentro del desarrollo de la sociedad capitalista.

El autor concluye su libro comparando el taylorismo con el fordismo y procurando articular ambas experiencias con los presupuestos teóricos iniciales. Para ello señala que ambos se inscriben en la misma trayectoria de valorización del capital; en un caso intensificando el trabajo y obteniendo mayor plusvalor absoluto (taylorismo) y en el otro, introduciendo cambios en el proceso productivo, o sea, incrementado la productividad y consiguiendo mayores excedentes a través de un incremento del plusvalor relativo (fordismo). Pero, sin embargo, es en la conexión de los aspectos teóricos y las experiencias concretas en

donde el libro de Neffa presenta algunas debilidades. En la comparación, muchos aspectos explicados en la primera parte no encuentran su correlato en las partes siguientes. Faltaría, a nuestra manera de ver, un mayor desarrollo final que permitiera unificar y aclarar los conceptos.

El libro ganaría también si se obviarán algunas explicaciones excesivas o repeticiones innecesarias que se observan particularmente en la segunda y tercera parte y lo transforman por momentos en un material de lectura un poco tedioso. Esto se alivia, sin embargo, con los fragmentos biográficos, que no son gratuitos y dan mayor carnadura e interés a las explicaciones teóricas.

Por último, y volviendo al principio, el trabajo de Neffa tiene interés por su misma continuación, preanunciada en la introducción por el autor: escribir un libro similar sobre las concepciones y experiencias del proceso de trabajo en la Argentina. Pero otra vía de investigación también se abre: es la que ofrece el análisis de los cambios producidos en el universo tecnológico por la sociedad informática y, en particular, por el llamado "modelo japonés". ¿Qué efectos tienen estas transformaciones sobre la valorización del capital y sobre las formas y nivel de vida de la sociedad? ¿La descentralización que conlleva, tanto en la producción como en el consumo, puede favorecer a países como el nuestro?

Los cambios preanunciados por Marx no se han producido, pero el mundo de Taylor y de Ford también parece derrumbarse. Son muchas las respuestas que el autor puede acercarnos como continuación apasionante de este libro.

Lidia Knecher